

---

# EL PRD: ORÍGENES, ITINERARIO, RETOS

---

JORGE CADENA-ROA  
MIGUEL ARMANDO LÓPEZ LEYVA

(COMPILADORES)



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO  
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES SOCIALES  
CENTRO DE INVESTIGACIONES INTERDISCIPLINARIAS EN  
CIENCIAS Y HUMANIDADES

---

*Fr*ICTICIA

MÉXICO  
2013

JL1298

P89

El PRD : orígenes, itinerario, retos / Jorge Cadena Roa y Miguel Armando López Leyva, compiladores. — México, D. F. : UNAM, Instituto de Investigaciones Sociales; Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades; Ficticia Editorial, 2013.

599 p. (Colección Café de altura)

ISBN : 978-607-02-4025-6

1.- Partido de la Revolución Democrática (México) – Historia. 2.- Partidos políticos – México – Historia. I.- Cadena Roa, Jorge, compilador. II.- López Leyva, Miguel Armando, compilador.

Este libro fue sometido a un proceso de dictaminación por académicos externos al Instituto, de acuerdo con las normas establecidas por el Consejo Editorial de las Colecciones de Libros del Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Los derechos exclusivos de la edición quedan reservados para todos los países de habla hispana. Prohibida su reproducción parcial o total, por cualquier medio, sin el consentimiento por escrito de su legítimo titular de derechos.

EL PRD: ORÍGENES, ITINERARIO, RETOS

D.R.© enero de 2013

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Sociales

[www.iis.unam.mx](http://www.iis.unam.mx)

Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades

[www.ceiich.unam.mx](http://www.ceiich.unam.mx)

Ciudad Universitaria, 04510, México, D.F.

D.R.© enero de 2013

Por características tipográficas y de diseño editorial Editorial Ficticia, S. de R.L.

Sierra Fría 220, col. Lomas de Chapultepec, C.P. 11000, México, D.F.

[www.ficticia.com](http://www.ficticia.com) [libreria@ficticia.com](mailto:libreria@ficticia.com)

Ficticia Editorial es miembro fundador de la AEMI

Proyectos DGAPA-PAPITT

IN 311208 "Calidad de la democracia: tensiones y horizontes"

IN 308309-3 "El sector de los movimientos sociales en México, 2000-2011. Características, redes y trayectorias"

POR FICTICIA EDITORIAL

Editor: Marcial Fernández

Diseño de la colección y portada: Armando Hartzacorsian

Formación de planas y pre prensa: Paulina Ugarte Chelén

Coordinación editorial: Mónica Villa

Consejero editorial: Raúl José Santos Bernard y Humberto Schettino

POR EL INSTITUTO DE INVESTIGACIONES SOCIALES, UNAM

Coordinación editorial: Berenise Hernández Alanís

Cuidado de la edición: Hortensia Moreno

ISBN de la UNAM: 978-607-02-4025-6

ISBN de Ficticia: 978-607-7693-75-8

Impreso y hecho en México



---

**COLECCIÓN CAFÉ DE ALTURA • HUMANIDADES Y CIENCIAS SOCIALES**

**COMITÉ EDITORIAL**

Jorge Cadena-Roa

Fernando Castaños

Miguel Armando López Leyva

Cristina Puga

*Universidad Nacional Autónoma de México*

**CONSEJO CONSULTIVO**

Luis Aguilar Villanueva, *Universidad de Guadalajara*

Antonio Camou, *Universidad Nacional de La Plata*

Alfredo Hualde, *El Colegio de la Frontera Norte*

Juan Martín Sánchez, *Universidad de Sevilla*

René Millán, *Universidad Nacional Autónoma de México*

Francisco Panizza, *London School of Economics and Political Science*

Juan Manuel Ramírez Sáiz, *Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente*

Martín Tanaka, *Instituto de Estudios Peruanos y Pontificia Universidad Católica del Perú*

José Luis Velasco, *Universidad Nacional Autónoma de México*

---

## **CONTENIDO**

---

### **Presentación**

**JORGE CADENA-ROA**

**MIGUEL ARMANDO LÓPEZ LEYVA**

**13**

**Introducción: consideraciones sobre un partido  
que puede ser democrático, de izquierda y enraizado en la sociedad**

**JORGE CADENA-ROA**

**MIGUEL ARMANDO LÓPEZ LEYVA**

**21**

## **I. EL PRD Y LOS MOVIMIENTOS SOCIALES**

**Las relaciones entre movimientos sociales  
y partidos políticos en México**

**PAUL L. HABER**

**41**

**Sustitutismo o enraizamiento**

**SERGIO TAMAYO**

**59**

Los movimientos urbanos de personas de bajos ingresos y el PRD  
MAURICIO MÉNDEZ SANTA CRUZ

89

El movimiento urbano popular y el Frente Democrático Nacional:  
campo organizacional y liderazgos

LIGIA TAVERA FENOLLOSA

105

El PRD y los movimientos urbanos populares en el Distrito Federal

KATHLEEN BRUHN

133

El PRD desde las interacciones con su entorno militante:  
el papel de los dirigentes multi-posicionados (1989-2000)

HÉLÈNE COMBES

155

La relación del PRD con las organizaciones de movimiento social

SARA GORDON

197

## **II. LOS PROBLEMAS ORGANIZATIVOS: LIDERAZGOS, GRUPOS Y ELECCIONES INTERNAS**

Ruidos vacíos / La devaluación organizativa del PRD

VÍCTOR HUGO MARTÍNEZ GONZÁLEZ

217

Militancia y estructura del PRD en el Distrito Federal:  
un partido de masas

FRANCISCO REVELES VÁZQUEZ

231

El PRD y sus problemas organizativos:  
liderazgos, grupos y elecciones internas

ROSENDO BOLÍVAR MEZA

259

La izquierda y sus fragmentaciones

JULIO JUÁREZ GÁMIZ

311

### III. EL PRD EN LOS GOBIERNOS LOCALES

La participación ciudadana en los gobiernos perredistas del DF

LUCÍA ÁLVAREZ ENRÍQUEZ

319

El Sol Azteca sudcaliforniano: ¿una nueva hegemonía?

ROSSANA ALMADA

JOSÉ ANTONIO BELTRÁN MORALES

341

¿Fracaso de una utopía? El PRD en Guerrero

GABINO SOLANO RAMÍREZ

361

El Sol Azteca en Michoacán (2002-2010)

HÉCTOR CHÁVEZ GUTIÉRREZ

VERÓNICA SILSA RANGEL VARGAS

**381**

El PRD en Tlaxcala

ANGÉLICA CAZARÍN MARTÍNEZ

**399**

Los gobiernos del PRD en Zacatecas

FRANCISCO MURO GONZÁLEZ

**413**

De la oposición al gobierno: luces y sombras del PRD en Chiapas

MARÍA DEL CARMEN GARCÍA AGUILAR

**437**

Una mirada conjunta

sobre los primeros gobiernos perredistas de México

SILVIA INCLÁN OSEGUERA

**465**

#### **IV. LOS RETOS DEL PRD**

De los desafíos de la construcción nacional

a los de la integración global

VÍCTOR MANUEL DURAND PONTE

**487**

Estrategias para un futuro compartido: el PRD y las izquierdas

SILVIA GÓMEZ TAGLE

**499**

El PRD y su futuro

JOSÉ WOLDENBERG

**515**

El PRD en el horizonte latinoamericano

GUSTAVO ADOLFO URBINA CORTÉS

**527**

PRD: pasado, presente y futuro del partido que nació el 6 de julio

CUAUHTÉMOC CÁRDENAS

**549**

Desafíos y perspectivas del PRD

¡ MARÍA DEL CARMEN LEGORRETA DÍAZ

**577**

Colaboradores

**591**

Siglas

**594**



---

**INTRODUCCIÓN:  
CONSIDERACIONES SOBRE UN PARTIDO  
QUE PUEDE SER DEMOCRÁTICO, DE IZQUIERDA  
Y ENRAIZADO EN LA SOCIEDAD**

---

JORGE CADENA-ROA  
MIGUEL ARMANDO LÓPEZ LEYVA

A partir del polémico y agitado desenlace de los comicios de 2006, el Partido de la Revolución Democrática (PRD) ha transitado por una severa crisis interna que se expresa en divisiones entre los grupos que lo integran y disputas por los liderazgos, lo cual se refleja en un deterioro de su imagen frente al electorado y una pérdida de credibilidad como opción electoral viable.<sup>1</sup> Esta situación, así como sus posibles salidas, pueden ser consideradas a partir de dos principios normativos y uno práctico. Los primeros nos remiten a su definición, un partido que es (o debería ser) *democrático y de izquierda*.

Democrático en tanto el proceso de transición política del país tuvo en este partido a un actor fundamental, con una fuerte tensión entre estrategias cooperativas y de conflicto, pero que finalmente permitió su activa colaboración en el cambio de régimen (véase Labastida y López Leyva, 2008). Siendo así, la gesta democrática en la que coadyuvó lo obliga a comportarse en los mismos términos, sin regateos. De izquierda en la medida en que su integración es producto de la convergencia de un linaje de organizaciones independientes que se asumían con esa orientación, y de un ala nacionalista del Partido Revolucionario Institucional (PRI) que, ante el viraje en la política económica del régimen autoritario, se escindió de él (véase López Leyva, 2007).

El principio práctico que complementa las premisas normativas mencionadas deriva de su origen, su carácter social y sus vínculos con los

grupos y asociaciones que lo integran o le son afines. Precisamente por ser democrático y de izquierda, debería tener un vínculo estrecho, pero manteniendo su diferenciación, con organizaciones sociales de base, organizaciones de los movimientos sociales, organizaciones civiles, autónomas y auto limitadas, y también con ciudadanos en general. Es decir, un partido democrático y de izquierda debe estar firmemente enraizado en la sociedad civil, en sus manifestaciones colectivas e individuales, y de ahí extender su acción hacia la esfera gubernamental y legislativa, llevando a éstas las demandas ciudadanas.

De este modo, ante los problemas que enfrenta el PRD, que son materia de los capítulos que componen este libro (sus relaciones con la sociedad, las disputas internas, el desempeño en los gobiernos locales y su futuro), nos parece necesario proponer algunos elementos constructivos que permitan identificar claves para su solución progresiva en el mediano plazo. Creemos que la salida de los nudos problemáticos se encuentra en los principios que señalamos: de cómo se atiendan dependerá que este instituto político tenga posibilidades de presentarse como una opción responsable y atractiva para un electorado cada vez más informado y exigente, cada vez menos complaciente y tolerante.<sup>2</sup>

## PARA SER UN PARTIDO DEMOCRÁTICO

La democracia es el paradigma de legitimidad política más aceptado en el mundo actual, al grado de que no enfrenta competencia seria de parte de otros regímenes. Otros paradigmas son inaceptables en un país diversificado y plural como México. Las conductas no respetuosas de las reglas que fueron negociadas y pactadas durante el periodo de transición (en especial de las básicas, las electorales), así como de los procedimientos y resultados basados en ellas, cosechan descrédito y censura generalizados, tanto en el país como en el extranjero, y son insostenibles. Obviamente, la conducta esperada de un partido democrático es de respeto a reglas e instituciones y de contribución al perfeccionamiento permanente de las mismas a partir de procesos periódicos de reforma negociada con los demás actores políticos.

La negativa del PRD a reconocer el gobierno constitucional surgido de las controvertidas elecciones de 2006 ha llevado a que el PRI se haya vuelto indispensable para el Partido Acción Nacional (PAN) y a que el gobierno, para contar con su apoyo, haya protegido enclaves autoritarios y de corrupción en estados que no habían conocido la alternancia desde 1929 (los estados de México, Puebla y Oaxaca, por ejemplo) y en sindicatos cercanos a ese partido (el Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación, por ejemplo). El declive electoral del PRD en las elecciones de 2009 fue un duro golpe para el PAN y el gobierno entrante, y terminó por fortalecer al PRI (Castañeda y Cuéllar, 2010). En ese sentido, que el PRD no haya reconocido su derrota en esos comicios condujo a una situación en la que todos perdieron algo, y en la que el mayor perdedor electoral de esa contienda, el PRI, obtuvo mayúsculas ganancias políticas y de chantaje. Parece que se impuso una fórmula según la cual “si yo no gano, debo hacer que los demás pierdan algo, sin reparar en quién será el beneficiario último”.

Pero para pedir respeto a las reglas de la competencia, un partido democrático debe empezar por honrar esas reglas en casa. Las denuncias de fraude que el PRD difundió en las elecciones presidenciales de 2006 (en las de 1988, este partido aún no existía) pierden credibilidad cuando, de manera reiterada, se denuncian fraudes en las elecciones propias. Queda la impresión de que el PRD es un partido de “tramposos” y que sus miembros creen que son tan buenos que pierden solo porque los otros (de adentro o de fuera) les hacen trampas.

De hecho, la incapacidad del PRD para realizar elecciones limpias, imparciales e incuestionables para la designación de sus dirigentes y candidatos a puestos de elección popular, es uno de los síntomas más notables de la situación crítica por la que atraviesa. Puede ser que se trate de problemas congénitos. Como recordamos en la Presentación, el PRD nació de la unión de diversas organizaciones que no se disolvieron; que, con el paso del tiempo, se han rearticulado y reorganizado en forma de “tribus” o grupos de poder que en distintas ocasiones compiten entre sí y condicionan su colaboración con la dirigencia en turno. De su afluente priista parece provenir su propensión a establecer relaciones clientelares y a manipular los procesos y resultados electorales en su favor. De sus

afluentes de izquierda parecen venir sus tendencias a dividirse por motivos ideológicos, la desavenencia entre sus líderes, las acusaciones de colaboracionismo con el enemigo e, incluso, de traición.

La existencia de corrientes, facciones, expresiones o “tribus” irreductibles ha generado conflictos internos sin fin desde que Cuauhtémoc Cárdenas perdió sus funciones arbitrales, desde que fue visto como eje de una corriente más, y ningún otro dirigente ha podido colocarse o ser percibido por encima de los conflictos. Andrés Manuel López Obrador no ha podido constituirse en una imagen central y unificadora del partido. Durante la construcción de su candidatura presidencial para la elección de 2006, desplazó a otros contendientes internos con relativa facilidad, pero no contó con la unanimidad del partido que vio con recelo su cercanía con políticos que tuvieron altos cargos en el gobierno de Carlos Salinas de Gortari (1988-1994), en el que se denunciaron centenares de asesinatos y desapariciones de miembros del partido.<sup>3</sup> De este modo, si sumamos los problemas de unidad y liderazgo entre grupos internos tan heterogéneos y las denuncias de fraude en los procesos de elección interna de dirigentes, tenemos un panorama negativo que tiene como resultado la distorsión de la voluntad de los militantes y la imposibilidad de procesar el conflicto de conformidad con la preferencia mayoritaria, lo que a su vez tiene como consecuencia que la convivencia entre “tribus” y militantes se dificulte.

Vistos estos déficits democráticos, el PRD requiere reformarse. Resulta imprescindible revisar las formas de participación de los militantes en la actividad partidaria, la cual ha estado condicionada a la participación en alguna corriente. Simultáneamente, urge hacer creíbles los procesos electorales internos, lo que pasa por la confección de un padrón único de miembros con derecho a voto y, de manera fundamental, por el establecimiento de un pacto de respeto irrestricto a los resultados de los procesos electorales internos y a las decisiones de las autoridades jurisdiccionales internas y externas. En paralelo, se deben proteger escrupulosamente los derechos de los militantes sobre las pretensiones dominantes, y en ocasiones excluyentes, de las tribus que llevan a que, si no se forma parte de una de ellas, entonces se participa en un juego viciado, sin posibilidades de triunfo. Se deben elevar los costos de hacer trampas mediante denuncias, remoción del cargo

ganado ilegítimamente, inhabilitación temporal e incluso con la expulsión definitiva del partido. Todas estas medidas son asuntos de normatividad interna, pero también de cálculo político, es decir, de reconocer que si no se toman esas medidas a tiempo, el procesamiento de los conflictos no se dará de manera consensuada y satisfactoria para todos los involucrados. Es, ante todo, tomar en cuenta el principio básico de la democracia: se pierde hoy pero con la expectativa de ganar mañana; certidumbre en las reglas e incertidumbre en los resultados (Przeworski, 1995).

Una vez pactadas las reglas de la competencia, las decisiones de los órganos jurisdiccionales internos y externos, diseñadas para aplicarlas y para tomar las decisiones definitivas, se deben respetar escrupulosamente. De otra manera no podrá pasarse al siguiente asunto de la agenda y se dará un entrampamiento con acusaciones mutuas hasta que llegue la siguiente elección, en la que cambiarán los nombres de los personajes principales y las anécdotas, pero no los temas, los incidentes y las acusaciones. La regla informal que todos conocen dentro del PRD y que está por encima de las reglas formales igualmente conocidas, según la cual "negociación mata estatuto", debe erradicarse definitivamente. La mera expectativa de llegar a la negociación, independientemente del mecanismo de toma de decisiones usado (voto, consenso, deliberación), incentiva a que los actores se conduzcan de manera que busquen *recuperar en las negociaciones entre dirigentes, mediante chantajes y condicionamientos, lo que perdieron en las urnas.*

Cuando esa expectativa está incorporada al juego (que, por ese mismo hecho, deja de ser democrático), los competidores tienen incentivos para ensuciar la elección y luego pedir algo a cambio de reconocer el resultado. No importa que la parte que cuestiona sepa que perdió la elección; de lo que se trata es de vender cara la aceptación de su derrota y la colaboración con la parte ganadora. El reconocimiento de la derrota sin recibir nada a cambio es visto como quemar una carta de negociación que se sabe eficaz. Justo como ocurre a nivel del régimen político, las reglas se pactan al principio, precisamente para regular el proceso, porque tienen la virtud de ser conocidas y aceptadas por todas las partes y se pueden cambiar después de terminada, pero no en el transcurso de la competen-

cia. Sobre la marcha no es posible ni deseable cambiar las reglas; hacerlo limita el contenido democrático de cualquier contienda, reduce su legitimidad y promueve una conflictividad interminable al sesgar el resultado en favor de la parte que más presiona, la más anti-democrática.

En esa misma dirección, el acatamiento de los resultados electorales sancionados por las autoridades jurisdiccionales es igualmente fundamental. Como ha quedado asentado en la bibliografía sobre los procesos de democratización (vid. Cadena-Roa y López Leyva, 2012), las elecciones son un juego iterativo y, como hemos señalado, quienes pierden hoy tendrán otra oportunidad para ganar en el futuro. Las sanciones a quienes hagan trampa deberían conducir a que quienes hagan fraude hoy, no tengan oportunidad después. Esto animaría a los competidores a que jueguen limpiamente, a que acepten las reglas y los resultados derivados de su aplicación, sean ganadores o perdedores. No hay de otra si se desea presentar credenciales democráticas y reducir el conflicto interno.

El PRD ha perdido mucho tiempo y capital político al apostarle todo a la elección presidencial de 2006 y no acatar el dictamen de las autoridades electorales. Además del desgaste sufrido, se ha producido una polarización interna que ha tenido al partido debatiéndose entre la ruptura y la refundación, máxime desde que el candidato perdedor en esa elección decidió emprender un movimiento por fuera del partido. En 2009 cayó electoralmente y obtuvo menos curules en la cámara de diputados: si en la elección de 2006 obtuvo 127 diputaciones (29% de la votación nacional), tres años después se quedó con 71 (12% de la votación nacional), con lo cual pasó de ser la segunda a la tercera fuerza en esa cámara (Palma, 2011). Esta condición se repitió en los comicios de 2012: el PRD es tercera fuerza en la legislatura que comienza, aunque su bancada parlamentaria se incrementó en relación con tres años atrás: con poco más de 18% de los votos, tiene 104 diputados (Instituto Federal Electoral: <[www.ife.org.mx](http://www.ife.org.mx)>).

Así, haberle apostado todo a aquella elección presidencial significó un estancamiento en elecciones para gobernador, la auto marginación en la interlocución con el ejecutivo federal y una paulatina pérdida de puestos de elección popular. De este distanciamiento resultó beneficiado el PRI, pues

se convirtió en el aliado que el partido en el gobierno necesitaba para negociar su agenda de reformas y políticas públicas. En estas condiciones, el PRI ha consolidado posiciones, reducido pérdidas, incluso se ha mostrado responsable y sensato. Con este bagaje a cuestas inició la campaña electoral de 2012 y logró recuperar la presidencia de la república.

### PARA SER UN PARTIDO DE IZQUIERDA

Un país en el que la mitad de la población vive en condiciones de pobreza y pobreza extrema, con los niveles de desigualdad, exclusión y discriminación que tiene México, ofrece sin duda un potencial muy amplio para el crecimiento de una izquierda que proponga políticas públicas viables para atender esos problemas. Si el PRD no ha despertado y canalizado ese potencial, no es porque la derecha lo haya bloqueado, sino porque no ha logrado acreditarse como una oposición democrática, leal y responsable.

Hasta ahora, el PRD ha puesto más atención en lo electoral que en prácticamente cualquier otro asunto. Su contribución a la democratización del país está fuera de duda, pero eso en buena medida ya pasó y es necesario atender otros temas. Sería deseable que el PRD presentara el paquete de políticas públicas que aplicaría a su llegada al poder, el cual podría estar integrado con aquellas que ha implementado con resultados positivos en los estados donde ha gobernado, y no únicamente a partir de lo que presuntamente haría en caso de ganar la elección presidencial (y nos referimos no solo a algunas medidas de política social adoptadas en el DF, bastante conocidas y algunas emuladas en otros lugares).

Varios temas son de la mayor importancia. Uno de ellos es el ecológico, que apenas en el XII Congreso de diciembre de 2009 llegó a los estatutos del partido. Resultaba un anacronismo injustificable que el PRD no diera cabida a los temas del desarrollo sustentable y medio ambiente. Sin embargo, falta aún pasar del papel a los hechos. Todavía falta mucho para pensar en el PRD como un partido preocupado por la protección del medio ambiente y la biodiversidad. La inexistencia de un auténtico partido verde en el país muestra un nicho vacante de importancia estratégica.

Otro tema fundamental es el de la seguridad pública, un verdadero desafío para la izquierda, del cual no tiene un diagnóstico aceptable ni propuestas de solución viables. No es suficiente ni creíble postular que se trata de un problema que se resuelve con un cambio de política económica ni con crecimiento que genere empleo. En cualquier caso eso podría ayudar en el mediano y largo plazos. Pero falta un pronunciamiento acerca de lo que se debe hacer al respecto hoy, en lo inmediato, lo que necesariamente conduce a una crítica de la estrategia seguida por el gobierno federal actual pero, también, al planteamiento de una estrategia alternativa que tenga como criterios esenciales la integralidad y complejidad de la materia. Los esquemas simples no ayudan a comprender el problema y las apelaciones retóricas (del tipo “sacaremos al ejército de las calles”) no tienen sentido cuando no están respaldadas en datos duros y planes de atención en múltiples frentes (militar, policiaco, social, educativo, incluso cultural).

Otros temas son la transparencia y la rendición de cuentas y el fomento a la participación ciudadana. Uno más es la necesidad de una política clara y viable de combate a la corrupción (aunque en este asunto López Obrador ha sido insistente, no aparece como un tema fundamental en el partido). Algunas de las medidas adoptadas por los gobiernos perredistas en la ciudad de México para combatirla, como dar licencias de conducir sin necesidad de pasar exámenes de manejo o suspender las visitas de inspección para asegurarse del cumplimiento de regulaciones sanitarias y de seguridad en los establecimientos mercantiles, medidas pensadas para evitar que reciban sobornos quienes expiden licencias o realizan inspecciones, han provocado otros problemas e incluso desgracias graves. Esta política debe modificarse.

También hace falta pensar de manera menos dramática y estridente los problemas del país, y pensar en soluciones más realistas. El país no necesita un proyecto nacional alternativo ni un líder carismático que refunde el país él solo, con su inspiración y conducción. El país necesita menos que eso: políticas públicas eficientes y capacidad del ejecutivo para negociarlas en los espacios públicos de deliberación por excelencia, como el congreso. El discurso del “proyecto alternativo de nación” no cala en el electorado, máxime cuando éste divide su voto en tres partes principales, lo que indica



claramente que no hay una sola visión del país, de sus problemas ni de las soluciones que hacen falta, sino que hay varias en competencia. En ese sentido, no se trata solamente de darle contenido y alcance a las propuestas programáticas de la izquierda, sino de hacerlas viables: se necesita proponer e implementar políticas que sean factibles de acuerdo con la correlación de fuerzas actual, y sustentables en el mediano y largo plazos.

Las preferencias electorales y el poder en México están tan divididos que ninguna fuerza política tiene la capacidad para imponer a las demás un proyecto nacional único, lo cual es razonable si tenemos presente la tradición autoritaria mexicana; pero, en cambio, sí hay fuerzas que tienen capacidad de veto, capacidad de impedir o bloquear las decisiones de otros. Ni el ejecutivo federal ni las cámaras ni los gobernadores ni los partidos políticos ni los intelectuales ni los grupos de presión tienen capacidad para imponer a los demás su visión, intereses y proyectos (suponiendo que cada uno de ellos contara con un solo proyecto). Hay grupos de poder y presión con capacidad para detener los cambios que no sean de su agrado. En consecuencia, si hay cambio será, como hasta ahora, gradual, en el sentido de pactado, negociado. En las condiciones actuales, de pluralidad y fragmentación del poder, de intereses, prioridades y propuestas múltiples, los cambios requieren de un trabajo continuo de negociación, acomodo y acuerdo entre las partes y de compromisos que éstas estén dispuestas a honrar.

En ese marco, sería más viable pensar en acuerdos partidarios sobre políticas concretas, en temas como pobreza, seguridad pública, seguridad social y salud, medio ambiente, educación, ciencia y tecnología, por mencionar algunos de los más importantes, que en un proyecto nacional alternativo que desplace todo lo que se ha venido haciendo mal hasta ahora, lo cual no está formado solo por políticas públicas específicas, sino también por el andamiaje institucional que las diseña e implementa. Las condiciones en las que han venido operando los gobiernos del Partido Acción Nacional (PAN), luego de décadas de gobiernos priistas, han mostrado que no se puede reinventar todo ni pretender amalgamar la pluralidad política en una iniciativa única, por más atractiva que luzca para porciones del electorado; pero sí es posible diseñar políticas públi-

cas puntuales sobre temas estratégicos y menos controvertidos, en los que se logren consensos y compromisos efectivos.

De la misma manera, el propósito de refundar el partido suena como una buena idea, como cosa fácil, pero hasta ahora no ha pasado del discurso. Sin embargo, no es necesario rehacerlo todo; se pueden dar pasos claros y decididos en dirección a la institucionalización del partido, por ejemplo. No se trataría de hacer algo tan dramático y complejo como refundar, sino de introducir algunos cambios pequeños que tengan efectos multiplicadores, que desaten e impulsen transformaciones graduales deseables. Nuevamente, el respeto a los estatutos y a los procedimientos democráticos internos aparece como una decisión que podría abrir ciclos virtuosos. Uno de ellos, de ninguna manera menor, es que las fuerzas políticas que conviven con dificultad dentro del PRD dejen de ocuparse de los problemas internos (que no se solucionan, se repiten, desgastan y desacreditan), y levanten la mirada para tratar de cambiar la correlación de fuerzas del país y estar en posibilidad de empujar una agenda con temas propios de la izquierda.

En ese sentido, una “ventana de oportunidad” ha sido la de las alianzas electorales urdidas en algunos estados para sacar al PRI de los “ejecutivos” (exitosamente en los casos de Oaxaca y Puebla durante 2010). Aunque han sido pensadas con un sentido práctico, se requiere un trabajo de convencimiento, es decir, hay que explicarlas, justificarlas, ponerles objetivos y metas claras para evitar críticas, cuestionamientos y disensos innecesarios. También es momento de pensar cómo convertir esas alianzas electorales en alianzas legislativas y de gobierno, es decir, como pasar de un plan eminentemente pragmático, bien concebido en términos puramente electorales para desplazar al PRI, a un plan de democracia con desarrollo autosustentable para que el país avance en la solución de sus problemas seculares.

## PARA SER UN PARTIDO ENRAIZADO EN LA SOCIEDAD

El partido vive en la indefinición, entre ser un partido profesional electoral o un partido-movimiento que combine las posiciones gubernativas y legislativas con vínculos estrechos con organizaciones civiles y sociales

de base, dispuestas a movilizarse para presionar mediante el cabildeo y el uso de vías de participación política no institucional hacia quienes se resistan a implementar una agenda de justicia social o den marcha atrás en las conquistas sociales anteriores. Esto ha creado desconcierto y generado críticas atendibles. Precisamente el conflicto poselectoral de 2006 mostró con claridad la tensión entre estas dos opciones: la primera proveniente de su participación en las esferas legislativa y ejecutiva, la segunda derivada de su origen en la izquierda excluida por muchos años y en los liderazgos nacionalistas-revolucionarios del viejo PRI.

Los caminos de la izquierda, de los que procede en parte el PRD, desde comienzos de la década de 1970, que oponían lucha armada y lucha electoral, sufrieron un notable cambio con el movimiento lopezobradorista. Expliquémonos. En los setentas, el entorno autoritario mexicano y la improbabilidad de ganarle al PRI, en las urnas o en los tribunales, orillaron a algunos a tomar las armas y a otros a tomar las calles sin esperar nada de los partidos políticos; en los ochentas, en la medida en que el terreno de la competencia electoral se nivelaba y entraban nuevos jugadores, la vía armada perdió justificación y se abrió un importante espacio para la articulación de la participación social y la oposición electoral, derivando de ello la institucionalización de una parte de la izquierda en el PRD; en los noventas, el surgimiento del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) produjo un efecto paradójico: la activación de un grupo armado con demandas justas alineó a la izquierda partidista en su compromiso con la democracia electoral, sin dejar de mostrar su simpatía con la causa zapatista. Empero, el compromiso democrático adquirió carta de naturalización con la reforma electoral de 1996 y los comicios de 1997 y 2000, porque mostraron la posibilidad de cambiar las cosas mediante el voto. Así, el alzamiento zapatista tuvo un impacto positivo, no previsto: reforzó la vía electoral-procedimental en detrimento de la vía de la revolución violenta, de la conquista del poder del estado por la fuerza. Así, la democracia electoral concitó el consenso y la adhesión de todos los actores de la política y, a pesar del surgimiento de distintos grupos guerrilleros a finales de la década de 1990, su presencia ha sido marginal en comparación con otros tiempos en México y América Latina.

No obstante, el consenso y la adhesión a la democracia electoral fueron fuertemente sacudidos en 2006: el cuestionamiento a los resultados electorales se hizo acompañar de protestas, movilizaciones y plantones encabezados por el candidato perdedor. Andrés Manuel López Obrador puso en seria duda, como nunca antes desde la fase de la transición, la aceptación de la izquierda partidista de la institucionalidad democrática. Este comportamiento, como hemos sugerido líneas atrás, ha puesto al PRD en un proceso de disputa permanente en torno al siguiente dilema: a pesar de las muchas adversidades que ha enfrentado desde su fundación, ha logrado consolidar su presencia electoral, pero su rechazo a aceptar el resultado de la elección presidencial de 2006 pone en serio riesgo sus avances electorales porque mantiene irresuelta su participación en las instancias políticas reconocidas (el camino seguido por las dirigencias nacionales) y su compromiso con un movimiento que cuestiona esas mismas instancias (el camino seguido por el ex candidato perdedor). Es decir, un retorno a la retórica del fraude como discurso legitimador y victimizante frente a abusos reales o supuestos de los poderosos, y al recurso de la movilización social para enfrentar tales injusticias (“movilización de la desconfianza” como le ha llamado Schedler, 2008).

Por otra parte, con los sectores populares pareciera que el partido solo puede relacionarse de manera clientelar demandando movilización a cambio de tratos privilegiados que son negados a quienes no son clientes. Es el caso del Frente Popular Francisco Villa, por ejemplo. Sin embargo, el clientelismo no construye ciudadanía ni establece cimientos firmes para instituciones democráticas porque, en esencia, es un acuerdo inestable en el que al final del día las clientelas se van con el patrón que garantiza los mayores beneficios. Véase lo que ha sucedido con varios de los sindicatos más poderosos en el viejo régimen autoritario: han renovado su cooperación con los gobiernos en turno (el ejemplo más claro es el Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación y su alianza con los gobiernos de Vicente Fox y de Felipe Calderón). Es lamentable que, habiendo sido el clientelismo y el corporativismo parte de los mecanismos que afianzaron y prolongaron la vida del autoritarismo, sean usados y actualizados por la izquierda. Esto pone también en duda las credenciales democráticas del PRD.

El partido parece no saber relacionarse con sectores populares movi-  
lizados sobre los que no tiene control. En esos casos, incluso ha mante-  
nido una posición muy incómoda y cuestionable: no apoya demandas  
legítimas de grupos movilizados que defienden sus derechos, como sería  
de esperarse de un partido de izquierda, pero tampoco se deslinda clara-  
mente de ellos. Los desencuentros con el EZLN, el movimiento contra la  
construcción del nuevo aeropuerto en San Salvador Atenco de 2001 y el  
movimiento de la sección 22 del SNTE y la Asamblea Popular de los Pue-  
blos de Oaxaca (APPO) de 2006, las movilizaciones contra la violencia de  
2004 y 2008, por ejemplo, son emblemáticos. El EZLN incluso acusó de  
traición al PRD por haber votado, en 2001, a favor de una ley indígena que  
discrepaba de los Acuerdos de San Andrés Larráinzar, negociados con el  
gobierno federal entre 1995 y 1996. La Otra Campaña, en 2006, expresó  
la desconfianza de los zapatistas en los partidos políticos, el PRD inclui-  
do. En 2004 y 2008, quienes protestaron contra el incremento de la vio-  
lencia y la incapacidad de las autoridades para proteger la seguridad e  
integridad de las personas y sus bienes, fueron acusados de ser “pirru-  
rris” y/o gente de “derecha”, es decir, miembros de las clases acomoda-  
das que protestaban contra el gobierno de izquierda de la ciudad de  
México con el “pretexto” de la inseguridad. No fue sino hasta el surgi-  
miento del Movimiento por la Paz con Justicia y Dignidad, en el 2011, que  
una parte considerable de la izquierda admitió que los problemas de la  
inseguridad y la violencia eran tan graves que no quedaba duda alguna  
sobre la legitimidad de las protestas sociales sobre esos temas.

En estos casos, el PRD ha quedado mal con todos: muy corto con res-  
pecto a las expectativas de los movimientos y muy excedido con respecto  
a las de los sectores moderados del electorado. Se deberían replantear las  
relaciones con los movimientos sociales, pero también con el electorado  
moderado que está por la democracia, el cambio institucional, la estabi-  
lidad económica y contra la inseguridad y la corrupción. El PRD se ha  
quedado varado en la indefinición, que se agrava por las luchas internas  
por medios no democráticos. Esta situación crea desconfianza e incerti-  
dumbre entre las elites y los sectores medios, al tiempo que no genera  
confianza entre los grupos populares y sectores organizados.

Preocupa la manera cómo en el PRD se conciben a los movimientos sociales, en particular cuando se convocan movilizaciones para presentar y legitimar decisiones tomadas unilateralmente, sin consulta alguna. Es el caso de los mítines que llaman asambleas, en donde no se delibera, solo se vota a mano alzada propuestas que se anuncian en ese mismo momento, práctica seguida por López Obrador en concentraciones convocadas en el Zócalo durante 2006. Es lamentable que se quieran hacer pasar por democráticas decisiones que no lo son. Si en eso consiste la democracia participativa, no es más que otra decepción. Los resultados están a la vista y han agregado tristes casos al anecdotario de la picaresca política mexicana. Se recordará el caso de “Juanito” en las elecciones locales en el Distrito Federal del 2009, quien fue postulado por López Obrador como candidato a la Delegación Iztapalapa con el compromiso que, de resultar electo, renunciaría al cargo para entregarlo a su candidata. Ya electo, “Juanito” se arrepintió y trató de quedarse con puesto, sin conseguirlo.

En suma, el PRD no ha sabido relacionarse con el sector de los movimientos sociales, al tiempo que se ha distanciado de sectores de clase media. Sin los sectores medios y sin llegar a los votantes indecisos, el partido difícilmente será competitivo, pues el llamado “voto duro” no alcanza para ganar elecciones. A los votantes de clase media les preocupa la posibilidad de un viraje brusco en materia económica y la implementación de políticas redistributivas que signifiquen nuevos ciclos aumento del déficit público-endeudamiento-inflación-devaluación-crisis, sin combatir la ineficiencia, el burocratismo, el despilfarro y la corrupción. En este sentido, hace falta un planteamiento claro en relación con el mercado y, en particular, en materia de regulación económica estatal. Hay preocupación por medidas estatistas. ¿Cuál sería la agenda de una izquierda democrática en materia económica? Una bandera importante sería la de la austeridad en el ejercicio de gobierno. El servicio público no debería verse como acceso a privilegios y prebendas, patrimonialismo y negocios privados con dinero público, o posibilidades de construir clientelas a partir del ejercicio del gasto público. La izquierda debería promover la transparencia y la rendición de cuentas y ser ejemplar en esta materia, como hemos comentado ya.

Un partido de izquierda debe poner el énfasis en la defensa de derechos y en la protección efectiva de los mismos. La situación en materia de respeto a los derechos ciudadanos es tan deficiente que esa lucha representa una tarea de gran envergadura; además, es una lucha que se enmarca en el cumplimiento del Estado de derecho, busca hacer valer la Constitución y varios tratados internacionales de los que el país es signatario. Hay un margen de oportunidad considerable para que grupos en condición vulnerable usen el derecho para defenderse, hacerse escuchar, disminuir y castigar la arbitrariedad gubernamental, y para que los ciudadanos en general orienten la acción gubernamental de manera directa y efectiva.

En materia de respeto a los derechos civiles e incluso de los derechos humanos, hay en el país deficiencias injustificadas e intolerables. Puede hablarse incluso de una política de impunidad (Vega Báez, 2010) en la que el PRD no estaría exento de participar. Hay una cantidad escandalosa e infame de crímenes sin castigo, y no nos referimos al crimen común. Nos referimos a funcionarios públicos que han abusado de los derechos civiles de los ciudadanos y no han sido castigados. La represión en Atenco en 2006 se comprobó mediante investigaciones independientes de la Comisión Nacional de los Derechos Humanos (CNDH) y de la Suprema Corte de Justicia de la Nación (SCJN), en donde se mostró que hubo violaciones a los derechos de más de 200 personas, pero nadie fue castigado; en cambio, los líderes detenidos recibieron condenas severísimas que, gracias a la intervención de la SCJN, fueron conmutadas. En el estado de Guerrero, el gobernador Zeferino Torreblanca, del PRD, fue denunciado por abusos a los derechos humanos; como era uno de los suyos, en el partido prefirieron omitir el caso y nunca se pronunciaron públicamente al respecto. Sería deseable que la izquierda defendiera el derecho a la voz de todos los grupos sociales, sean partidarios o no de su causa, se afecte o no a algún miembro del partido, independientemente del nivel o cargo que ocupe. En las radios comunitarias hay una bandera importante a rescatar.

El PRD, después de su congreso “refundacional”, introdujo algunos cambios. Falta que se implementen y que atiendan otros temas relevantes, como los aquí enunciados, para que el PRD se ponga a la altura de los desafíos que enfrenta el país. Incluso ahora, en 2012, con la victoria presiden-

cial del PRI y la segunda derrota consecutiva de López Obrador, es un buen momento para resolver estos temas en la medida que siguen tan vigentes como cuando se fundó el partido. Mientras no se solucionen, el PRD seguirá entrampado en debates internos estériles y con dificultades para proyectarse como una opción de gobierno sensata, poniendo en duda su capacidad para encabezar el ejecutivo federal. El futuro de este partido se encuentra en resolver los asuntos pendientes que le han impedido ser un partido democrático y de izquierda, enraizado en la sociedad civil.

## NOTAS

1. Este libro obtuvo los dictámenes aprobatorios para su publicación en pleno proceso electoral de 2012. Esta coyuntura y su desenlace no alteran los problemas que se apuntan aquí y se desarrollan en los siguientes capítulos.
2. El contraste entre el “deber ser” y el “ser” está en el fondo mismo de los debates sobre la democracia. Al respecto, véase Cadena Roa y López Leyva (2012).
3. 250 asesinados y nueve desaparecidos, según datos de la Secretaría de Derechos Humanos de ese partido (Ortega Ruiz, 2001).

## BIBLIOGRAFÍA

- Cadena Roa, Jorge, y Miguel Armando López Leyva. 2012. “Reflexiones finales. Sobre la vigencia de las teorías de la democratización para estudiar América Latina”. En *La democracia en México y América Latina: claves de lectura*, coordinado por Miguel Armando López Leyva, Fernando Castañeros y Julio Labastida, 327-342. México: IISUNAM / Ficticia Editorial.
- Castañeda, Fernando, y Angélica Cuéllar. 2010. *Los límites de la democracia en México. Elecciones de 2006*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Labastida, Julio, y Miguel Armando López Leyva. 2008. “México: una transición prolongada (1988-1996/1997)”. En *El papel de las ideas y las políticas en el cambio estructural en México*, coordinado por Rolando Cordera y Carlos Javier Cabrera Adame, 301-356. México: Fondo de Cultura Económica / Universidad Nacional Autónoma de México.
- López Leyva, Miguel Armando. 2007. *La encrucijada. Entre la protesta social y la participación electoral (1988)*. México: Plaza y Valdés / Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales—Sede México / Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo.
- Ortega Ortiz, Reynaldo Yunuen. 2001. “Tipos de transición: un estudio comparativo de España y México”. En *Caminos a la Democracia*, compilado por Reynaldo Yunuen Ortega Ruiz, 267-321. México: El Colegio de México.
- Palma, Esperanza. 2011. “El PRD en 2009: crisis, centralización de los métodos de selección de candidatos y reclutamiento legislativo”. En *Partidos y elecciones intermedias en 2009. Problemas para la construcción de mecanismos de representación y participación en México*, coordinado por



## Introducción

- Esperanza Palma, 39-59. México: Miguel Ángel Porrúa / Universidad Autónoma Metropolitana—Cuajimalpa.
- Przeworski, Adam. 1995. *Democracia y mercado. Reformas políticas y económicas en la Europa del Este y América Latina*. Nueva York: Cambridge University Press.
- Schedler, Andreas. 2008. “La movilización de la desconfianza en las elecciones presidenciales del 2006”. En *La conflictiva y nunca acabada construcción de la democracia deseada. México en perspectiva histórica y comparada*, de Alan Knight et al., 31-63. México: Porrúa / Tecnológico de Monterrey.
- Vega Báez, Juan Antonio. 2010. “Políticas de impunidad y derechos humanos en América Latina: dos historias de fin de siglo”. México: Posgrado de Estudios Latinoamericanos, Universidad Nacional Autónoma de México.